

# HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

## UN HOMBRE GATO EN EL PATIO DE LA INFANCIA

- Sí? Quién habla? – dijo Tito, imaginándose quién era.
- Soy Peluso! Te llamo para avisarte que van a demoler la casa donde vivías cuando eras chico.  
Tito, de 32 años, tragó saliva, y finalmente dijo con tono serio y molesto:
  - Y para eso me molestás a la una y media de la mañana, que estoy garchando con mi novia?!!
- Colgó con fuerza.  
Se acomodó en la cama, molesto y boca arriba. Se concentró en la manchita negra y sin sentido del techo.
  - Quién era? – le preguntó su chica, abrazándolo besándole la mejilla.  
Se llamaba Larina y tenía 19 años, exactamente cuatro menos que él.  
Se habían conocido en un baile de disfraces hacía cinco meses. Hasta el momento, la chica parecía ser la posible mujer de su vida, pero de repente Tito se halló ante ciertas incertidumbres debido a la inmadurez de ella.
    - Era un boludo,... un amigo de la infancia, el clásico que siempre se lo caga a piñas! – y señaló el teléfono con la mano. – Vos viste a la hora que llama?! Ahora no me puedo concentrar en acabar!!!
- Amaneció molesto, durmiendo de espaldas a su novia.  
Lo primero que le vino a la mente fue el llamado de la noche anterior: seguía molesto con Peluso, aunque ahora había reformulado todo, y se hallaba en el recuerdo de su niñez.  
Se incorporó con su edad, cosa que siempre tenía en mente. Se vistió pensando en su infancia. Se dio una ducha pensando en su colegio primario, lugar al que siempre quiso volver. Desayunó y se despidió de su chica pensando en el año 1985.
- Qué buena época aquella. – continuó Tito, comentándole a sus compañeros de trabajo, mientras almorzaban vestidos de traje, en la barra de la hamburguesería.
  - Te vas a pasar todo el día hablando de los ochenta? – se quejó Samm.
  - En serio, Tito! Ya estás pudriendo. – agregó Jules, masticando la especial de pepinillo.
  - Ustedes son unos yuppies de mierda! Ustedes se dejaron comer la cabeza por los noventa: empezaron siendo adolescentes depresivos y alternativos, para convertirse en señoritos de traje y vendedores de celulares.
  - Y qué mierda sos vos?!!

Tito se miró a sí mismo, y aceptó la realidad. Él también era parte de los noventa, y había atravesado aquellas tendencias, para terminar ser parte de un trabajo en progreso: la venta de teléfonos, cable, internet, todo a porcentaje.

De todas formas, insistió:

- En los ochenta había magia! Eso es lo que falta ahora! Nuestros padres se quejaban del progreso, que éramos menos ilusos que ellos! Y que con la muerte de la ilusión, sufriríamos. Nos salvaban las diferencias de la electrónica, pero seguíamos siendo inocentes. Porque no habían tantas cosas como hoy. Los chicos de hoy son una mierda! Crecen cebados con música que hace ruido. En los ochenta, el Heavy Metal era ruido pero con melodía. Antes, jugábamos en el patio del colegio con las figuritas, a la serie de televisión de moda, la que obviamente, era de aventuras. Hoy se ratean del colegio para ir a jugar en red a internet! Antes era la campera de jeans, los pins, las mujeres con binchas de plástico, el porro como desafío experimental, los pelos batidos, la película del canal de aire de las diez de la noche, los dibujos animados de la tarde mientras tomábamos la leche, los video juegos con palanca y los flippers, la video casetera y el video club, "E.T." dominio de cualquier niño, la música pop, la música disco, las interminables secuelas de las películas de terror, las golosinas que venían con juguetes sencillos, las revistas de historietas, las calles frescas, el olor a vainilla de las cosas, los colores pasteles, el brillo, y sobre todo... los parientes más jóvenes y otros aún vivos. Hoy es computadora, celular, televisión por cable con cientos de canales que transmiten información de más y hacen que las películas pierdan su magia repitiéndolas casi todos los días, el dvd y su mecánica consumista, la ropa de colores sufrientes, la tela, la falta de historietas heroicas (perdimos al icono del Héroe), la violencia y el sexo en programas que duran todo el día pero que cambian de nombre cada hora, las series basura que toman elementos comerciales de las viejas y nada más que eso, la agonía de las empresas del Estado, la venta de todas y cada una de ellas, los teñidos insulsos porque son copiados del pasado, los aros que cubren todo y muchas veces molestan al normal funcionamiento del cuerpo (están buenos, pero molestan), el adiós a los juegos pixelados o cuadriculados, el adiós a algunos parientes y el hola a los que envejecen. Por sobre todas las cosas: el peso de los años que aumenta a la par del tiempo...!

Tito se descubrió de pie, con ambas manos en alto. Aquel gran monólogo desembocó en un estruendoso aplauso de todos los presentes, quienes lo siguieron atentos, de pie.

Entre ovaciones y agradecimientos, salió a la calle.

Enseguida se despidió de sus amigos...

- Renuncio! - gritó feliz de la vida, como en una de esas películas de los ochentas, y corrió en búsqueda de un taxi como si nunca nada pudiera pasar.

Iba camino a despedirse de su vieja casa.

Bajó del vehículo, pagó lo indicado por el taxímetro, y se encaminó a la vereda de su casa.

Se detuvo ante aquella imagen, que inmediatamente representó lo inmensa e imponente. Un inmenso cartel rezaba "Jueves, Gran Demolición. Se invita al barrio para ver. Inmobiliaria Thatcher."

- Cuánto hace q...? – alcanzó a preguntarse, tapándose la boca.

Se había mudado hacía siete años, tras el fallecimiento de su madre. La casa se había vendido como terreno porque nadie de los que vivía toleraría un

momento más. El padre pidió la jubilación y se mudó con el hijo más pequeño, mientras que el protagonista se fue a vivir con una amiga (y subsiguientes).

Caminó hasta la puerta, y la encontró abierta.

Atravesó la línea que dividía la vereda de su infancia con el hogar de sus recuerdos, y se internó en el resplandor alimentado por ventanas lejanas que daban el adiós al sol del atardecer.

Caminó por el pasillo y llegó al comedor sin muebles, sin familia, sin nada. Se detuvo a recordar la ubicación de la vieja televisión que llevaba el armatoste del control remoto modelo 1985. Descubrió el fantasma del modular, y la figura siempre presente de su madre fregando el piso. Finalmente se vio a sí mismo, mirando la serie favorita de la tarde, donde los humanos peleaban contra un Invasor del espacio exterior. A su lado, su hermano tres años menor que él, llorando y rogando por los dibujos.

Y Tito se acongojó.

Minutos después estaba recorriendo lo que había la pieza de sus padres, y se encontró con los contornos de la cama matrimonial y el matrimonio durmiendo. Para volver al pasado como debería ser, se asomó por la puerta y dejó al descubierto su flequillo y los ojos de niño curioso.

Y Tito se emocionó.

Entró a su cuarto, y vio su biblioteca llena de libros de aventuras. En el revistero junto a la cama, descansaban aquellas irrecuperables revistas y álbumes de figuritas, de los cuales siempre debía juntar a escondidas de su madre, porque ella decía que era “un gasto al pedo”.

Se descubrió durmiendo en la cama, creciendo como lo hace todo buen niño por las noches. A su lado, la otra cama y su hermanito roncando.

Y Tito comenzó a llorar.

Llegó al baño y recordó la primera vez que se cepilló los dientes, o aquella vez que por fin creció y para alcanzar a tirar la cadena del inodoro.

Llegó a la cocina y se sentó a la mesa y más allá de ser el quinto, se fundió en los ellos, y esa noche volvieron a ser cuatro: una familia, sencillamente cenando carne y ensalada.

Y Tito no aguantó más.

Salió al patio: el sol estaba terminaba de esconderse.

Alzó su mirada y con la misma nostalgia que lo abrasaba, recordó cuando la parra, ahora seca, verde y de deliciosas uvas agrias (las que hacían cosquillas en las mejillas).

Cerró los ojos. Los abrió. Miró a un lado y se encontró con sí mismo, vestido en la piel de sus nueve años, sentado en las baldosas frescas de verano, junto a Peluso y Juancho.

Los tres estaban en ronda, debatiendo un cuestionamiento muy importante para la infancia de la época: la existencia del Hombre Gato.

- Les leo la noticia! Y prepárense porque no es para nada buena... - advirtió Juancho.

El Tito adulto se sentó junto a ellos, y observó la tapa de una revista sensacionalista de la época: “Tragedias de Tammerlane”, con fecha del 12 de Enero de 1985. Tenía una foto de un hombre vestido con ropas ajustadas negras, cosidas y emparchadas. Su rostro estaba cubierto por una media de nylon oscura con dos orificios desgarrados que mostraban sus ojos rojos negros como perlas. Estaba con pose amenazante, y apuntaba con sus garras de metal.

“La madrugada del Martes, se sucedió un nuevo hecho de horror en el Pueblo Tammerlane, al ser hallado el cuerpo de la adolescente Valeria Sabatiner en el patio de su casa, completamente descuartizada. La misma se había quedado a estudiar en la casa de una compañera del colegio secundario Tamm 3, cuando regresó a pie en el medio de la noche, y fue perseguida por un grupo de los denominados Hombres Gatos. Al parecer, éstos surgieron lentamente y de a maullidos, para luego perseguirla por las oscuras y desoladas calles. Fuentes oficiales aseguran que la chica no creía en la leyenda, y tuvo que enfrentar irremediablemente al espanto de las bestias. Logrando evadirlos gracias a su velocidad juvenil, la chica alcanzó su casa. Pero en ella se encontró con la sorpresa que su padre había sido atacado por un Hombre Gato mientras defecaba en el baño, el cual entró por la claraboya. Por su parte, la madre había sido deshuesada tras ser asesinada por un corte en la garganta de un Hombre Gato que se le apareció debajo de la cama. Finalmente, el hermano menor de cinco años estaba desaparecido, al parecer al ser raptado y reclutado como nuevo asesino felino. Fue así que la pobre chica, entre gritos y desconsuelos, llegó arrebatada al patio de la vivienda, y de la nada se le aparecieron todos juntos, saltando ante ella, para al instante desmenuzarla a zarpazos.”

Los tres niños, a la par del Tito de 32 años, se asomaron al resto de la revista, y presos del horror, quisieron encontrar imágenes de tal brutal tragedia. Pero sólo existía la foto en primer plano de un obeso transpirado la cual llevaba la inscripción al pie de “Yo lo vi”.

Tito se puso de pie.

El maldito Hombre Gato, el horror de la infancia.

Se volvió al patio y rememoró el miedo más grande de la infancia: estar allí, parado, justamente en ese mismo lugar, y que aterrice de la nada uno de esos misteriosos asesinos deformes, ocultos en ropas negras, garras de metal y maullidos rompe-oídos.

Y el Hombre Gato saltó frente a él. Tito se congeló.

No podía estar pasando! El Hombre Gato no podía estar ahí, completo, firme, tan lleno de vida. Era parte del pasado, y debía ser tan fantasma como los muebles y las personas de la casa.

Pero no pensó en nada más, salvo en sobrevivir.

Antes que Tito pudiera rogarle que le perdone la vida, notó cierta transparencia en la pierna izquierda.

- Un momento! – dijo. – Vos no me podés hacer nada! ... No sos real.

El atacante miró su pierna y luego su cuerpo, el cual lentamente se hacía transparente, y no comprendió.

- Cómo puede ser?... – se preguntó la bestia, con su típica voz ronca, profunda, demoníaca.

... El Hombre Gato era producto de un pueblo contenido con mentiras y productos basura durante la última dictadura militar de los setenta, para fortalecerse en una Democracia que sólo festejaba la Libertad a través del libertinaje de prensa. El Hombre Gato era un producto para vender revistas, un cuco para que los chicos no jueguen hasta tarde, la caricatura del violador demente que contenía a la niñez de los ochenta y que de alguna forma explicaba los peligros de la calle y los extraños. El Hombre Gato. Una farsa con clase, en lo que fuera la última década inocente de la historia del Pueblo.

- Por el reencuentro... – le dijo Tito al fantasma del pasado, a aquel recuerdo violento, convertido en indefenso.

Le extendió la mano antes que algún detalle los llevara nuevamente a la lucha. Y otro brazo. Y se fundieron en un abrazo que pareció una eternidad.

Para cuando se desprendieron y se miraron a los ojos, el Hombre Gato dijo con tono risueño...

- No me vas a decir que no te asusté?

- Por un momento... pero me hiciste acordar que soy un hombre. Me estaba volviendo loco con los recuerdos, y por poco me olvido del presente.

- Alguna vez fuiste a un psicólogo? – indagó el Hombre Gato, tomándolo por el hombro, caminando a la salida de la casa.

- No. Pero tendría que ir, no?

- Y... yo creo que sí. Todavía te queda eso de no aceptar el pasado. Y cualquier cosa te conmueve. Más allá que seas un trabajador, y que tengas novias, vivas solo y todo eso, hay una deuda con la vida...

- Tenés razón! La otra vez me compré un álbum de figuritas viejo, uno de esos que perdí cuando mi mamá me los tiró diciendo que ocupaban espacio “al pedo”. Lo pagué cien pesos.

- Bueno, ves lo que te digo?! – afirmó el monstruo - Aunque yo también lo hubiese comprado. Hay gente que colecciona relojes cu-cú del Siglo pasado. Nosotros podemos comprar álbumes, no?!... – pausa y serio - Lo que sí, te cuesta aceptar el presente, y el presente es sencillamente eso: un desencadenante de un pasado que se mantuvo en progreso.

- Por ejemplo?

- “Por ejemplo” de la televisión a color a la televisión por cable, a la televisión por internet. O los video-juegos de ficha y palanca, a los juegos de computadora y en red, todo ellos en 3D. Los ochenta fueron una década más. Solamente que vos la ves como la última década inocente, porque en ella y en el resto del pasado descansa tu inocencia. Los noventa fueron, son y serán el camino del hombre en el que te estás convirtiendo y vas a ser... Aceptalo y no reniegues. Así vas a poder dar un paso a la inocencia del hombre, la que morirá algún día cuando asumas la sabiduría de un anciano...

Llegaron hasta la puerta. Un último abrazo de despedida.

Tito salió y pisó la vereda. Cuando se volvió a la casa, ésta se hallaba cerrada y trabada con cadena y candado.

Suspiró.

Miró a su alrededor, y descubrió una hermosa noche de 1999.

En su casa lo esperaba su novia, aquella chica hermosa que con su inmadurez lo saciaría en los momentos en que extrañe un poco de todos los momentos pasados, las huellas de la nostalgia, huellas del camino al constante crecer y evolucionar.

FIN